

LA HONDA DE DAVID (Esbozo biográfico-intelectual de José Martí)

The sling of david (Biographical-intellectual outline of José Martí)

Recibido: 15.11.2017

Aprobado: 28.04.2018

Alexander Torres Iriarte

Doctor en Cultura Latinoamericana y Caribeña (UPEL-IPC). Magíster scientarum en Historia por la Universidad Central de Venezuela. Profesor en Ciencias Sociales (UPEL-IPC). Correo electrónico: alexandertorresiriarte@gmail.com

Resumen: El siguiente trabajo histórico-documental abrevia los aspectos neurálgicos de la huella del prócer e intelectual cubano José Martí. En su vida se resume la combinación del periodista, el educador, el poeta, además del pensador con una volcánica condición ética, un realista político entregado a la liberación de su país. José Martí no abrazará el esquema positivista continental dominante, sino que mirará la realidad latinoamericana y caribeña desde otro visor, en el cual la emancipación, la dignificación y la búsqueda de fórmulas adecuadas a nuestras condiciones culturales e históricas específicas tendrían la última palabra. Gran crítico y luchador de su hora contra el imperialismo septentrional en ciernes, Martí siempre denunció la intención de los norteamericanos de controlar los aproches al canal interoceánico, o sea, en primera instancia Cuba, considerada clave estratégica del Caribe, y las demás islas cercanas, particularmente Puerto Rico, Santo Domingo, Haití y en menor medida. De allí la premonición martiana de clara inspiración bolivariana: unidad entre los pueblos latinoamericanos como garantía de Independencia, de toda la región y sobre todo de su Cuba, pequeña isla que nada podría hacer en un “patio trasero” donde Estados Unidos tuviera el dominio total.

Palabras clave: Cuba, Nuestra América, Imperialismo Estadounidense, Liberación

Abstract: The following historical-documentary work shortens the neuralgic aspects of the footprint of the Cuban intellectual and hero José Martí. In his life is summarized the combination of the journalist, the educator, the poet, in addition to the thinker with a volcanic ethical condition, a political realist dedicated to the liberation of his country. José Martí will not embrace the dominant continental positivist scheme, but will look at the Latin American and Caribbean reality from another viewpoint, in which emancipation, dignification and the search for formulas appropriate to our specific cultural and historical conditions would have the last word. Great critic and fighter of his time against the northern imperialism in the making, Martí always denounced the intention of the Americans to control the approaches to the interoceanic channel, that is, in the first instance Cuba, considered a strategic key of the Caribbean, and the other nearby islands, particularly Puerto Rico, Santo Domingo, Haiti and to a lesser extent. Hence the martial premonition of clear Bolivarian inspiration: unity among the Latin American peoples as a guarantee of Independence, of the entire region and above all of their Cuba, a small island that could do nothing in a “backyard” where the United States had total control.

Keywords: Cuba, Our America, American Imperialism, Liberation.

De azúcar y de olvido

Expresaba Nicolás Guillén a mediados del siglo XX en su “Elegía Cubana”: “Cuba, palmar vendido, sueño descuartizado, duro mapa de azúcar y de olvido... ¿Dónde, fino venado, de bosque en bosque y bosque perseguido, bosques hallarás en el que lamer la sangre de tu abierto costado?...” (Guillén, 1985. T.I. p. 257). Era una denuncia histórica que plasmaba el vate sobre su isla de anhelos y naufragios. Desmemorias y luchas constantes por un propio horizonte nos deja entrever la voz del bardo cubano: “Al abismo colérico de tu incansable pecho acantilado me asomo, y siento el lúgubre latir de agua insomne...” afirmaba seguidamente el poeta camagüeyano. La isla de Cuba ha tenido un conjunto de condiciones materiales favorables que la han hecho históricamente apetecible para los intereses externos, tanto en su pasado colonial como en su transcurrir contemporáneo. El sólo inventario de sus tierras fértiles acompañadas de puertos de embarques, la presencia de bosques de maderas óptimas, de ganado abundante, su envidiable ubicación geográfica, su clima bondadoso, todo esto, sin incluir los seres humanos, redundan en esta

idea nada exagerada. La impronta colonialista española desde el siglo XVI primero, la economía de plantación básicamente azucarera, luego, y el intervencionismo estadounidense, por último, han sido tres aspectos históricos condicionantes en su devenir difícil e interesante.

En la sexta década del siglo XIX, momento en el cual el inquieto adolescente José Martí daba sus primeros pasos en el mundo político e intelectual, su lar nativo ya dejaba de ser la primera economía exportadora mundial de azúcar por los pujantes cambios de las fuerzas productivas. La crisis financiera global que tuvo un fuerte impacto en la caída de los precios del azúcar, la paralización de la industria cafetalera y con ella el bajón de las exportaciones, simultáneamente a la bancarrota de diferentes empresas, en una hora en la cual el capital británico comenzaba un agresivo expansionismo en la isla, pintaba un panorama nada halagüeño¹. No obstante, la explotación colonialista española seguía haciendo de las suyas, siendo la práctica esclavista motivo más que suficiente para emprender la guerra por la Independencia. Las administraciones despóticas de capitanes generales, la entrada indiscriminada de africanos en calidad de esclavos a la isla, los abusos de la “sacarocracia” imperante, la quiebra económica de muchos hacendados orientales, la manera inconsulta de los gravámenes e impuestos aunado a restricciones económicas fijadas por los españoles, la desviación de inversiones, la necesidad de mano de obra asalariada, la falta de libertades públicas, la discriminación racial y social galopante, entre otros factores, dieron pie al conflicto armado:

En efecto, hacia 1862, Cuba era una colonia de aproximadamente 601160 criollos blancos, 594 488 negros y sólo 116114 españoles, lo que hacía un total de 1311762 habitantes (sin contar los extranjeros blancos, chinos y yucatecos): los creadores efectivos de la riqueza del país, estaban totalmente despojados de derechos políticos, frente a una exigua minoría de oligarcas y militares y

1 “A partir de 1850, y sobre todo después de 1870, comenzaron las primeras inversiones directas del capital extranjero, fundamentalmente británico, en América Latina. Hasta esa época Inglaterra se había conformado con monopolizar el comercio desde afuera -llegó a tener en este terreno un dominio casi absoluto en América Latina-, pero desde la segunda mitad del siglo XIX trató de asegurar su posición privilegiada controlando no solo la comercialización de mercancías y el crédito, sino también la producción y el transporte de las materias primas, lo cual se relaciona directamente con el paso del capitalismo monopolista al imperialismo” (Guerra, 2010. p. 186-187).

funcionarios españoles (Vitier, 2006. p. 12).

Era el momento en el cual eventos foráneos como la Guerra de Secesión en los Estados Unidos (1861-1865), la Revolución Septembrista de España (1868) y la presencia francesa en México (1863-1867), servían como catalizadores para que el sector terrateniente del centro y el oriente cubano -Santiago, Manzanillo y Camagüey- tomara el camino a favor de la emancipación. Ignacio Agramonte (1841-1873), Máximo Gómez (1836-1905), Miguel Jerónimo Gutiérrez (1822-1871), Francisco Vicente Aguilera (1821-1877), Pedro Figueredo (1818-1870), Carlos Manuel de Céspedes (1819-1874), Vicente García (1833-1886), Calixto García (1839-1898) y Salvador Cisneros Betancourt (1828-1914), fueron algunos de los dueños de tierras ganados para desalojar a los españoles de la isla.

A la cabeza de aquella Revolución, que arrancó el 10 de octubre de 1868, estuvo Carlos Manuel de Céspedes (1819-1874), líder de grandes dotes personales quien proclamó la República en Armas y otorgó la libertad a sus esclavos desde su “Ingenio Demajagua”. A través del Manifiesto del 10 de Octubre, Céspedes argumentaba las razones por las cuales los cubanos buscaban romper con el nexa colonial. Rodríguez (1964) nos gráfica, con cierto tono anecdótico, sobre esos “locos sublimes” que tomaron tan grave decisión:

Al amanecer del día 10 de octubre de 1868 se encontraban en el batey de su ingenio “La Demajagua”, los 35 patriotas que encabezados por Céspedes iniciaron la guerra contra la Metrópoli. Lo primero que hizo éste, fue informarles lo sucedido, y que le había enviado unas líneas a Figueredo comunicándole: “Perucho: En virtud de tu aviso salgo en este momento para esa con el ganado, resuelto a venderlo a cualquier precio. El portador te dará pormenores. Hasta la vista tuyo, Carlos”. Inmediatamente después y en medio de un silencio absoluto, volvió a dirigirse a los congregados y, con voz firme y llena y solemne gesticulación, les preguntó: “¿Juráis vengar a los agravios de la Patria, y perecer en la contienda antes que retroceder en la demanda?”. “¡Sí...! ¡Sí...!” respondieron clamorosamente al unísono, todos los que en ese histórico momento rodeaban al caudillo (...) La noticia del alzamiento de Céspedes y los 35 “locos sublimes” que lo acompañaron, circuló rápidamente por toda la Isla. Como es de suponer, fueron varias las versiones que se echaron a rodar, y los españoles afirmaban que sólo se trataba de una cuadrilla de bandoleros con la que pronta acabaría las fuerzas públicas que

ya habían salido en su persecución; afirmación ésta que por su marcada parcialidad, no fue aceptada como cierta ni por los propios españoles (p. 17).

Por lo acelerado que resultaron los acontecimientos el ejército cespedita fue entrenado por militares dominicanos, resaltando entre estos Máximo Gómez, triunfador en la carga al machete en Tienda de Pino, próximo a Baire, el 4 de noviembre de 1868. En la toma de Bayamo, Las Clavellinas y Manicaragüa, se dejaron sentir los primeros alzamientos. Se concretó un frente único de combate contra España en Guáimaro, el 10 de abril de 1869. Las jefaturas de la fracción independentista fueron repartidas: a Céspedes al frente de los delegados orientales, Agramonte y Cisneros Betancourt a los camagüeyanos y Miguel Jerónimo Gutiérrez a los villareños. Se aprobó la Constitución Nacional cubana, ley fundamentalmente republicana, democrática, abolicionista y presidencialista, aspecto este último que generó resquemores entre civiles y militares. Carlos Manuel de Céspedes fue electo como Presidente de la República de Cuba en Armas. Por su parte, el Ejército Libertador cubano ganaba Guantánamo, hazaña comandada por el general Máximo Gómez:

Y Antonio Maceo combatía a diario con las fuerzas enemigas; y en La Habana José Martí se interesaba más cada día en las luchas independentistas y hacía a favor de ellas cuanto le permitían su corta edad y las adversas circunstancias en que se encontraba. Su mentor Mendive se encontraba en prisión por haberlo acusado los Voluntarios de haber sido el propiciador de la función del Teatro “Villanueva” que ellos atacaron a tiros, y por tal circunstancia era con Fermín Valdés Domínguez con quien trataba cuestiones revolucionarias (Rodríguez, 1964. p. 29).

Si bien se adherían otras regiones de la isla a la opción independentista, crecía una atmósfera de celos y de pugilato por el poder. Céspedes fue depuesto de la primera magistratura en 1873. Ya Antonio Maceo (1845-1896) ganaba reconocimiento como militar ejemplar. El bienio 1874-1875 fue la hora estelar de la insurrección revolucionaria cubana. Máximo Gómez triunfaba en los combates de La Sacra, Palo Seco, El Naranjo, Mojacasabe y Las Guásimas. El 11 de enero de 1875 Gómez se arriesgaba a tomar el occidente, acción que -pese a los mil efectivos con que penetró Las Villas- fue rechazada por no ser su jefe militar oriundo de esta región. En Camagüey Antonio Maceo era ignorado

por razones parecidas. Por tanto la invasión a occidente sufría un grave revés que anunciaba -ahora con general Vicente García (1833-1886) conspirando en Lagunas de Varona y Santa Rita- la caída de la causa libertadora.

Esta cruenta contienda se prolongó hasta febrero de 1878 y su finiquito fue el triunfo del bando español, debido, en gran medida, a las severas contradicciones presentes en el sector patriota cubano. Bosch (2012) profundiza sobre dichos desencuentros:

Ese sello de nacimiento, y el hecho de que el desarrollo económico del país fuera menor en oriente, Camagüey y parte de Las Villas, mantuvo la revolución en ciertos límites; le impidió unificarse y convertirse en nacional, puesto que no pasó a occidente, y al cabo la condujo al agotamiento después de diez años de lucha. En suma, los grandes terratenientes de oriente y Camagüey, que encabezaron la revolución, no pudieron producir la revolución democrático-burguesa a que aspiraban porque ellos mismos no eran burgueses. En cambio, la pequeña burguesía española y canaria de la isla, que se organizó en los llamados cuerpos de Voluntarios, se unificó rápidamente y desató una contra ofensiva política que en poco tiempo aniquiló a los revolucionarios en una guerra social limitada, si bien de una ferocidad apropiada al carácter de las guerras sociales (T.II. p. 309).

Fue en este escenario que se firmó El Pacto de Zanjón, liderado por el general español Arsenio Martínez Campos (1831-1900) quien acordó proporcionarle la libertad a todos los esclavos cubanos que se habían incorporado a la lucha, asimismo, darle carta abierta a asociaciones no independentistas y permitir libertad de prensa y de reunión. El pacto comprendía, además, que los oficiales del Ejército Libertador tuvieran una suma considerable de dinero, siempre y cuando entregaran las armas y abandonaran los campos de batalla. Pese al acatamiento del cese de las hostilidades por los principales jefes del grupo anticolonialista, Antonio Maceo rechazó dicho acuerdo en los Mangos de Baraguá, en marzo de 1878, decisión que si bien no prosperó militarmente por el poderío hispano, simbolizó el anhelo cubano de proseguir el combate por la liberación. Entre 1879 y 1880 comenzaría las actividades militares principalmente en oriente y Las Villas conducida por Calixto García encabezando el Comité Revolucionario de Nueva York. La conocida Guerra Chiquita fue un conjunto de enfrentamientos extremadamente cortos, en los cu-

ales el ejército independentista -por falta de recursos, preparación, apoyo externo y de liderazgo tanto de Máximo Gómez como de Antonio Maceo- sufrió una derrota estruendosa:

De los seis mil cubanos que había tomado parte en ella, la tercera parte -esto es, dos mil- dejó la vida en los campos de batalla. Pero en esa ocasión no hubo guerra social; no quedaba ya en Cuba contra quien hacerla. La mayoría de los jefes que tomaron parte en la *Guerra Chiquita* era gente modesta, de la pequeña burguesía; muchos de ellos negros -como Guillermo Moncada y Quintín Banderas- y mulatos, como José Maceo. Entre los que actuaron en actividades no militares estaba José Martí, abogado pobre, hijo de un funcionario pobre de ínfima categoría; estaba Juan Gualberto Gómez, también profesional pobre y además mulato. A los hombres de ese estrato social iba a tocarles organizar, dirigir y hacer la guerra quince años después: Calixto García, que participaría en ella, tendría una posición de segundo orden. Las grandes figuras militares sería Máximo Gómez y Antonio Maceo; la gran figura civil sería José Martí (Bosch, 2012. T.II. p. 321-322).

Tampoco pudo el Plan Gómez-Maceo alcanzar su objetivo de proseguir la lucha desde afuera de la isla. Nuevamente debilidades estratégicas y el vacío de un esfuerzo auténticamente popular que desalojara a los españoles de Cuba actuaban como óbice para tan ingente tarea.

En este teatro de tensiones económicas y políticas, hubo un interregno de un poco más de tres lustros, de relativa tregua entre las partes encontradas. Una vez eliminada la ominosa esclavitud en Cuba en la década del 80 se soltaron las amarras de crecimiento capitalista en la isla². En esta realidad finisecular la sociedad cubana daba un salto cualitativo de lo tradicional a lo moderno, actualizando sus técnicas e instrumentos productivos. El telégrafo, el teléfono, la luz eléctrica, nuevos órganos informativos y de opinión,

2 Aquí madura significativamente el grupo dominante cubano como vehículo fundamental de la avanzada imperialista en la nación caribeña. Nos referimos a la burguesía que controlaba la esfera de la exportación y la tierra y que estaba integrada por españoles y por cubanos. Las modernas fábricas de azúcar, la manufactura de tabaco, los ferrocarriles, el transporte marítimo, los almacenes, las cajas de préstamos, las inversiones en las compañías exportadoras, y sus acciones a la esfera agraria, estas y otras actividades productivas descansaban en este grupo dominante muchas veces en detrimento de artesanos, obreros y campesinos semialfabetizados.

así como la irrupción de distintas modalidades asociativas, ilustran el trastrocamiento acusado. La mudanza de fábricas por centrales azucareros, situación que contó con el respaldo económico estadounidense, fue un punto de inflexión, hecho que abrió una interacción compleja entre Cuba y la ambiciosa nación nortea. Este fue el marco en el cual se produjo un sensible cambio en el sistema económico mundial acompañado del relativo debilitamiento del peso específico que tenía la industria inglesa en el circuito internacional, ahora desplazada por países como Alemania y Estados Unidos, urgidos de colocar sus avalanchas de capitales en sus áreas coloniales y semicoloniales: “En el caso norteamericano su área natural de influencia era América Latina, sobre la que ha ejercido históricamente sus aspiraciones y aventuras expansionistas, particularmente desde la proclamación en 1823 de la Doctrina Monroe” (Guerra, 2010. p. 197).

En síntesis, en el transcurso de estos años hubo transformaciones de la estructura colonial y la dependencia del exterior de Cuba, hecho que impuso retomar el camino de una guerra de liberación del “duro mapa de azúcar y de olvido” antillano³. En este ambiente “sin prohibiciones” surgieron organizaciones políticas como el Partido Liberal (PL), quien capitalizó las preferencias de muchos seguidores y medió por los intereses proautonomistas de sus miembros con el poco respaldo de una España vigilante del comportamiento de su colonia. Pese a esta situación la jornada por emancipación no cesó. En abril de 1892, en New York, José Martí fundaba el Partido Revolucionario Cubano (PRC), coordinando las demandas de la mayoría de las fuerzas sociales cubanas emergentes, con el firme propósito de “fundar un pueblo nuevo” con el concurso de “todos los hombres de buena voluntad”. Su razón de ser era conseguir la Independencia absoluta de Cuba,

3 Es oportuno resaltar que no fueron diatribas exclusivas de la isla caribeña. Eran años de choque de intereses interimperialistas, además de rencillas atomizadoras en lo interno de los países latinoamericanos y caribeños. Britto (2006) nos cita algunos casos emblemáticos: “El Imperio español no abandona sus pretensiones de reconquista: en 1863 la escuadra española sitia El Callao, en costa del Pacífico. Nuestros países no cejan en la tarea de debilitarse mediante incesantes conflictos regionales. En 1865 comienza la guerra de la Triple Alianza de Argentina, Brasil y Uruguay contra Paraguay, para forzar al país a la apertura comercial y arrebatarle territorios: el conflicto concluye en 1870 con una derrota que cuesta a Paraguay la aniquilación de su economía y la muerte de cerca de un tercio de su población. En medio de tantas contiendas fratricidas y divisionistas, en 1872 se articula un fugaz intento de restablecimiento de la unidad de Costa Rica, Guatemala, Honduras y Salvador en la Unión Centroamericana. (...) En 1879 estalla la Guerra del Pacífico en la cual Chile combate contra Bolivia y Perú por el control del salitre, para entonces vital componente de la fabricación de la pólvora y otros químicos (...) El fin de la aventura imperial francesa no trae paz a México: en 1881 enfrenta problemas fronterizos con Guatemala por las regiones de Soconusco y Chiapas (...) Pues mientras nos dividimos en tantas contiendas, Estados Unidos prepara su receta propia para integrar a los latinoamericanos, y crea en Washington la Unión Panamericana...” (Britto, 2006. p. 56-57).

además de contribuir con la liberación de su hermana más cercana, Puerto Rico.

Despejando incógnitas

Al cerrar el ensangrentado capítulo de las guerras independentistas, América Latina se debatía en sendo escollo: el de continuar el camino dictado por la dinámica colonial, o el de ensayar una ruta propia, dándole en esta nueva escogencia una lectura diferente al pretérito. En el primer caso nos remite a los conservadores y en el segundo a liberales y positivistas, todos en sus más ricas mixturas.

Los conservadores eran sectores enlazados en profundas tradiciones y significativas prebendas económicas, con formas de existencias apegadas a la herencia y a los prejuicios coloniales. Como grupos heterogéneos mantuvieron un pensamiento defensor de esa antigua sociedad y fueron resistentes a los cambios en todos los órdenes de la vida nacional. Sin embargo, en la encrucijada postindependentista no atinaron dar una respuesta orgánica y se vieron ideológicamente desarmados ante sus opositores, propugnando, inclusive, el Estado de Derecho, bandera de los pontífices del dejar hacer, dejar pasar. La prédica de principios liberales en conservadores confesos nos explica el porqué de la confusión doctrinaria que atraviesa y caracteriza todo el siglo XIX latinoamericano. Esta realidad nos señala parcialmente, además, la imbricación de corrientes del pensamiento conservador con tendencias progresistas, coincidencias que conjugaban tradiciones hispánicas con lo más granado de la filosofía liberal decimonónica. Esto refiriéndonos a los conservadores más proclives al sincretismo de avanzada, sin negar que en la otra cara de la moneda operaran discursos conservadores radicales, enunciados por los grandes terratenientes, hacendados y gamonales del interior del continente. Esta fracción retrógrada era apologética de relaciones latifundistas bajo el tutelaje de un paternalismo violento. No hay que obviar que mucho de los que detentaron tierras y minas en el pasado colonial, devinieron, en plena época republicana, en oligarquías políticas tendientes al autoritarismo, esquema político que les garantizó el mantenimiento del status quo tradicional. En completa orfandad del rey, muchos conservadores latinoamericanos cerraron fila con el Clero, acérrimo representante de los valores del Antiguo Régimen y de la jerarquía sociorracial. De este modo, con honrosas excepciones,

la Iglesia Católica profundamente arraigada y poderosa en América Latina, jugó un rol ciertamente hostil contra todo afán de novedad y apertura⁴. Pero este instante en el cual el conservadurismo radical se hallaba lesionado por algunas voces autorizadas del liberalismo, -entre ellas Juan Bautista Alberdi (1810-1884)⁵ y Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888)⁶, por mencionar dos casos paradigmáticos- en el ambiente cultural latinoamericano, se privilegiaban temáticas como el racionalismo filosófico, el pragmatismo, el utilitarismo, el anticlericalismo y la apología de la tecnología y la industrialización⁷. Sin embargo, fue el positivismo que, como especie de renovación del saber, entró en una América Latina obcecada en reconstruir una historia que pudieran llamarse autóctona y que le haría frente al conservadurismo más extremo. Era el anhelo, con una gama de

4 “El caso extraño fue el del conservadurismo ultramontano, especialmente a partir del momento en que la Iglesia decidió dar batalla frontal contra el liberalismo, iniciada en 1864 con los dos documentos fundamentales del papa Pío IX: la encíclica *Quanta Cura* y el *Syllabus*. Apoyándose en ellos, el conservadurismo ultramontano salió a la palestra y propuso un sistema político y social que, si bien es cierto que pretendía robustecer de manera férrea la estructura tradicional, parecía ignorar las modificaciones irreversibles que ese sistema había sufrido ya desde la época de la Independencia, en la que habían circulado libremente y cuajado en actos e instituciones las ideas del liberalismo. Su principismo fue, en consecuencia, no sólo polémico sino utópico, puesto que, en rigor, no pretendía conservar las estructuras reales en ese momento sino restaurar las que había sido ya modificadas en alguna medida y gozaban de un extenso consenso. De esa peculiaridad de su enfoque derivó su impracticabilidad” (Romero, 1986. p. XIV-XV).

5 Juan Bautista Alberdi (1810-1884) Abogado, político, diplomático, músico y escritor argentino. Vinculado a la llamada generación del 37, profesó ideas liberales muy polémicas. Antirrosista en el exilio montevideano teorizó sobre la organización nacional y el constitucionalismo. Fue partidario de la intervención francesa contra el gobierno de Juan Manuel de Rosas. Residió en París varios meses donde estudió *El Espíritu de las Leyes* de Montesquieu, tratado que alimentó sus trabajos sobre las Constituciones de Argentina, Estados Unidos y otras jóvenes naciones americanas. Su obra fundamental fue *Bases y Puntos de Partida para la Organización Política de la República Argentina*. Las tesis básicas de Alberdi se sintetizan en su lema “Gobernar es poblar”.

6 Domingo Faustino Sarmiento (1811- 1888). Político y escritor argentino. Las guerras intestinas, su credo liberal y sus enfrentamientos continuos con los caudillos federales (Juan Manuel de Rosas, Facundo Quiroga, etc.) lo motivaron a emigrar a Chile, país en el cual desempeñó muchos trabajos desde maestro hasta comerciante. El asesinato de Quiroga y la política del gobernador de San Juan, el general Nazario Benavídez, le dieron la oportunidad de volver a su país natal, lugar del que volvería a emigrar por sus ideas polémicas. En Chile fue redactor de *El Mercurio*, colaborador de *El Nacional* y fundador de *El Progreso*. El presidente de Chile Manuel Montt, le asignó la tarea de estudiar los sistemas educativos de Estados Unidos y Europa para implementarlo en la nación austral. Tuvo acercamientos y diferencias con Justo José de Urquiza viviendo nuevamente en el destierro. De retorno a su país en 1855 fue nombrado gobernador de San Juan, puesto desde el cual impulsó la educación pública y la guerra contra los caudillos. Posteriormente fue embajador plenipotenciario en los EE.UU. En 1868 Domingo Faustino Sarmiento fue elegido presidente de la República (1868-1874).

7 “Era aceptar el pasado cerrando toda posibilidad al futuro, o arrancarse el pasado para poder realizar el anhelado futuro. El pensamiento latinoamericano, de esos azarosos años que siguieron a la emancipación política se transformó en la acción que ensangrentó a la casi totalidad de sus pueblos. Sus pensadores empuñaron la pluma y el sable para realizar sus sueños. Poco a poco los partidarios de la barbarie, el supuesto catolicismo, el retroceso y el conservadurismo en general fueron acorralados, y aparentemente vencidos” (Zea, 1978. p. 70).

propuestas, de un nuevo orden lejos de añejos regímenes impuestos en la extensa colonización americana. Ese requerimiento de referentes axiológicos que dieran cuenta de una Latinoamérica “enferma”, consiguió en la mundividencia positivista de la historia y la cultura las herramientas de análisis, que reportaría recetarios para salir de nuestras postraciones domésticas. Panacea que vio en la educación, la inmigración y la higiene tres vías posibles de encausamientos nacionales y para ello, había que domeñar nuestras fuerzas autodestructivas, hijas bastardas de la herencia y la raza. El elemento básico era el modelo societario a seguir y sus expectativas modernizantes: ser Francia o Inglaterra, implicaba, entre otras cosas, zafarse de lo tenido como “bárbaro” y adoptar la órbita del “progreso”, de la “civilización”, preocupación compartida por liberales y positivistas. Pero esta convergencia entre ideales liberales y positivistas, que a primera vista puede generar ruido, no era un asunto exclusivo de América Latina, sino que, en la evolución misma del pensamiento social francés se puede palpar dicha sincronización. La idea de “orden y progreso” era una urgencia de las elites obstinadas de las guerras civiles que asolaban todo el continente, aunque tuvo variadas interpretaciones que justificaron acciones de fuerza y gobiernos dictatoriales. En todo caso, la premisa del “orden” cumplía cabalmente una función social muy apreciada por las burguesías que necesitaban “paz” y estabilidad para el ejercicio del poder económico y político:

Así pues, este pragmatismo reivindicado a la vez por liberales avanzados y por los positivistas americanos se tradujo en la acción, no en la doctrina. A tal punto que no hay ningún teórico positivista latinoamericano que haya escapado realmente a la influencia de Comte y Spencer. La acción consistía principalmente en dar un carácter laico a los problemas de América y en transformar la filosofía de la realidad. Liberales y positivistas coincidían, por ejemplo, tanto en la defensa de la economía de mercado como en el rechazo a la metafísica y la religión (...) Por último, en el plano económico, liberales y positivistas manifestaban la misma voluntad de favorecer la integración social del continente mediante la adhesión a la doctrina económica del libre comercio adelantada por Gran Bretaña. Según unos y otros, la apertura a la libre circulación de las mercancías y a las reglas del mercado internacional debió tener el efecto de romper el enclave latinoamericano, de reconsiderar las estructuras de la comunidad religiosas e indígenas para favorecer las culturas de exportación, de remodelar así el mercado laboral, además de recurrir a los capitales

y a las inversiones extranjeras para el desarrollo de las infraestructuras y las unidades de producción (Lemogodeuc, 2002. p. 37).

El debate axial de civilización versus barbarie fue patente tanto en liberales como positivistas. Es en la celeberrima obra *Facundo*⁸ de Domingo Faustino Sarmiento, publicada en 1845, donde mejor se palpa un programa de acción bien vista por la *intelligentsia* que deposita en la educación toda responsabilidad como palanca del progreso social de los pueblos latinoamericanos. Por tanto, conceptos como pasado y presente cobraban especiales acepciones en contextos sociales signados muchas veces por guerras intestinas, dependencias extranjeras o por grupúsculos letrados permeados de referentes culturales herederos de los centros de poder de otras latitudes, y “refractados” en estos lares por un lente muy *sui géneris* y ciertamente policromático, como nos apunta Zea:

La realidad, la sociedad, la cultura y la historia de América Latina serán, así, interpretadas a partir de diversas expresiones del positivismo, incluyendo el darwinismo. A lo largo de esta América surgirán diversas interpretaciones de esta historia, de su sociedad y cultura; igualmente, interpretaciones del propio positivismo desde el punto de vista de los mismos latinoamericanos. Llegándose, inclusive, como los brasileños, a sostener la ortodoxia positivista frente a los que se considerarán desvíos de los positivistas europeos pese a que se consideraban herederos de Comte. Se mestizará, como lo hará Juan B. Justo de la Argentina, a Spencer con Marx, dando así origen a otra interpretación de la historia y, con ella, a un socialismo especial y característico de esta parte de América. El pesimismo y el optimismo de los intérpretes y teóricos del positivismo, se entrecruzarán formando una rica bibliografía. Frente a estas interpretaciones los europeos quedarán pasmados, sorprendidos, negándose a reconocer como propias esas expresiones e interpretaciones, que consideran ajenas al auténtico positivismo; fuera el ámbito de los que era para sus creadores en Europa; expresiones vistas como

8 Si bien se tiene como un texto que expone duras críticas al gobierno de Juan Manuel de Rosas (1793-1877), es todo un tratado de historia y cultura argentinas. Para ello, Sarmiento toma simbólicamente al caudillo Juan Facundo Quiroga (1788-1835) como la entificación de la barbarie. Su eje central es la discusión hamletiana de “ser o no ser salvajes”. Era la dialéctica Europa contra América, educación contra despotismo, que pese a no ser una discusión original en Sarmiento, en el escritor sureño alcanzó relevancia universal. Sin embargo, casi cuatro décadas después el polémico intelectual argentino ahondaba la mirada sobre su gentilicio, hasta el punto de quebrar lanzas en defensa de posiciones más racistas en su último libro *Conflicto y armonía de las razas en América*, en 1883.

“malas copias” del original (Zea, 1980. p. XXX)⁹.

Pero esa mirada simplista de calificar “malas copias” a las tentativas de dar respuestas contundentes a nuestros propios dilemas seculares, chocará con el argumento contrario: eran expresiones muy originales y distintas de pueblos que trataban de descifrar lo desconocido de su cultura y sociedad. Eran las incógnitas que se debían despejar como imperativos de superación y avance. La situación latinoamericana se debatía de este modo entre quienes hicieron disquisiciones sociológicas o filosóficas y entre quienes hicieron del positivismo una herramienta para escrutar ese acontecer, del cual se derivaban modelos que esa misma realidad exigía.

¿Cómo se manifestó esta fecunda discusión en el caso específico cubano en la segunda mitad del siglo XIX? ¿Cómo fue el marco referencial-filosófico en el cual el joven José Martí se formó y luego va a actuar? Parte de la contestación a estas sendas preguntas arranca con la idea de que en ningún momento se puede separar -sin hacer concesiones con el determinismo- las mudanzas económicas, sociales y políticas que experimentó Cuba de las corrientes hegemónicas de pensamientos, en diversos momentos de su historia.

Con la invasión hispana en Cuba llegó también la escolástica como paradigma dominante. Con su postura contrarreformista el poder colonial establecía su visión del mundo subordinada al poder de la Iglesia Católica y a las “verdades reveladas”. Aristóteles era el maestro irrefutable. Con algunas variaciones esta cosmovisión se mantuvo en Cuba hasta la primera mitad del siglo XVIII. Los nuevos criollos ricos, hacendados y terratenientes, como hijos del progreso económico, ahora pulsaban por mayor autonomía e independencia. Eran los años del Reformismo Filosófico liderado por José Agustín Caballero (1762-1835)¹⁰, abridor de caminos con impactos directos en el pensamiento social

9 Entre los autores de esa “rica bibliografía” que menciona Leopoldo Zea son dignos de resaltar el peruano Manuel González Prada (1844-1918), el boliviano Alcides Arguedas (1879-1946), y el mexicano Gabino Barreda (1818-1881). González Prada fue un recalcitrante oponente a la institución religiosa. Arguedas, aun cuando parecía defender a los indígenas de la oprobiosa explotación de los poderosos, no dejaba de despreciar las culturas indorinarias de su país a quienes consideraba patológicamente inferiores. Por su parte, Barreda fue el fundador de la Escuela Preparatoria, impulsor de las ciencias y el orden como garantías de paz social contra las fuerzas disgregadoras hijas de las guerras civiles de su México natal bajo el gobierno de Porfirio Díaz (1830-1915).

10 José Agustín Caballero (1762-1835) fue un filósofo cubano cuyo mérito fundamental fue el de haberse rebelado contra las cuestiones escolásticas. Se tiene como el introductor de Newton en la Física de su país a la vez de defensor del experimento contra el argumento *per se*. A pesar de que la modernidad penetró en la isla bajo la

cubano. Los cambios de planes de estudios, la incorporación de nuevas asignaturas más científicas, ciertas preferencias de temas filosóficos sobre los religiosos, la influencia relativa de Descartes sin desplazar totalmente la doctrina aristotélica, caracteriza el movimiento aludido.

Pero pese al Reformismo Filosófico las mutaciones se notaron con mayor fuerza a principios del siglo XIX cuando se da una verdadera “radicalización del pensamiento filosófico” entre 1820 y 1860, aparejada a los cambios políticos presididos por la vanguardia de los grupos criollos. En esta nueva situación el presbítero Félix Valera (1787-1853) y don José de la Luz y Caballero (1800-1862) fueron sus figuras más resaltantes¹¹: “En estas cuatro décadas se logró, el tránsito a la modernidad filosófica; mérito éste que le corresponde, sobre todo a Valera, ya que fue él quien debió desempeñar el papel pionero en esta cruzada. Con el tránsito a la modernidad fueron barridos los remanentes del escolastismo que la moderación reformista no se había atrevido eliminar” (Monal, 2007. p. 284).

De tal modo que José Martí nació cuando en su Cuba natal se le propinaba un golpe de gracia a los vestigios medievales, hecho que posibilitó que el pensamiento social y con ello la filosofía, dejara de ser un saber subalterno a la teología y al aristotelismo, remanentes escolásticos que gozaban de buena reputación en pleno siglo XIX.

Al clausurar la conocida Guerra de los diez años (1868-1878) comienzan vertiginosas transformaciones en la esfera del pensamiento. Tanto la conexión con el universo científico en boga en Europa y los Estados Unidos, como los requerimientos de las relaciones de producción capitalista, abonaron el terreno para que el positivismo fuera fácilmente captado por las minorías rectoras e intelectualizadas en una isla en convulsión. Sin em-

conducción de Félix Valera, éste fue tributario de Caballero. Caballero fue un hombre racionalista y de fe. Por su admiración a Descartes hizo aportes en análisis filosófico en la Cuba de duro tránsito a su primera revolución independentista.

11 Félix Valera (1787-1853), fue un gran independentista cubano e impulsor de una nueva filosofía en la isla. Desde la teoría del conocimiento y con la influencia del iluminismo y el empirismo francés, llegó a rechazar el camino metodológico cartesiano. Sensualista y naturalista defendió el principio como raíz de la conducta y de todo derecho. Por su parte, José de la Luz y Caballero (1800-1862), cultor del ímpetu modernizador de Valera, se opuso duramente al eclecticismo de Víctor Cousin (1792-1867) y a la metafísica idealista. Si bien su pensamiento fue poco sistemático, estuvo adscrito al naturalismo científicista con visos positivistas todavía en discusión.

bargo, la inauguración del positivismo en Cuba revistió un carácter bastante peculiar: la histórica situación del país antillano, colonizado a lo largo del decimonono cuando ya el resto del continente había conquistado su emancipación, fue un factor que coadyuvó para impedir la entrada de esa filosofía por parte de las autoridades peninsulares. En el clima político de mediados del siglo XIX en el que los españoles tutelaban la isla, el positivismo fue tenido como un arma realmente “revolucionaria”: ideas sobre el progreso, la evolución de la humanidad, el poder de la ciencia, a la vez de su posición ante el catolicismo, representaba un obstáculo para la aviesa administración metropolitana en Cuba, hecho que igualmente no obstruyó su rápido esparcimiento.

Desde el Pacto de Zanjón de 1878, que dio puerta franca a reformas y a relativas libertades públicas, instante además en el que la burguesía cubana fungía como músculo del desarrollo económico y técnico de la industria azucarera, el positivismo prendió en el contexto cultural cubano. En este sentido, la presencia Enrique José Varona (1849-1933) fue representativa:

Enrique José Varona encontrará en el positivismo un instrumento adecuado para los análisis que se va a proponer y para afrontar filosofías que pudieran retardar la anhelada emancipación mental de los cubanos que ha de anteceder a la política. Pero no se recurrirá a cualquier expresión del positivismo, sino tan sólo a aquella que mejor sirva a estos fines. Como los maestros que le antecedieron, se resistirá a aceptar cualquier filosofía que lejos de ayudar a los cubanos a emanciparse justifique su dominación. Por ello elige el evolucionismo de Spencer, aunque rechaza su cosmología; igualmente rechaza otra justificación del despotismo. El positivismo de Spencer, dice Varona, se encuentra “libre de todo dogmatismo, en plena evolución que no pretende imponer límites al anhelo y necesidad de investigar”. Comte, por el contrario, encierra las facultades humanas en el “círculo de hierro de una doble tiranía”. Para seguir a Comte “era necesario retroceder nuestra civilización, nuestra organización política y social, a aquella edad modelo; era necesario sacrificar todo, hasta el más noble atributo del hombre de nuestro siglo, la libertad de conciencia, a aquella maravillosa conformidad de creencias que hacía palpitar al unísono nuestros corazones”. Nada querrá saber Varona con un fondo común de verdades que sacrificaba la libertad. Evolución sí, abstraccionismo despótico no (Zea, 1980. p. L).

Sin embargo, es en el periodo interbélico (1878-1895) cuando la cultura nacional cubana alcanza gran madurez, ejemplo de ello es el sancionamiento de la Constitución Nacional y el progresivo afianzamiento de los partidos políticos con debates públicos acerca de la sujeción colonial de la isla y sus opciones posibles. De este modo, la diatriba política tenía así su correlato ideológico y cultural, perfilando dos campos enfrentados. El primero de los frentes lo integraba la burguesía básicamente española que vivía en Cuba, sector que cerraría fila por medidas culturales integristas. El *revival* de la escolástica, expresado en el evolucionismo hegeliano de Rafael Montoro (1852-1933) fundamentalmente¹² fue su estandarte más visible. Al otro extremo, estaba el frente defendido desde la parte cubana que propagaba ideas liberales y positivistas. La Revista de Cuba, dirigida por José Antonio Cortina (1853-1884), y la Revista Cubana, bajo la égida de Enrique José Varona (1849-1933), fungen como instrumentos de difusión de las doctrinas innovadoras.

En tal sentido, el positivismo en Cuba, igual que en la gran mayoría de la región de América Latina, se constituye como una filosofía progresista. La necesidad histórica de no ser más colonia, por un lado, y la modernización burguesa, por otro, fueron dos asuntos claves de los cuales la polémica filosófica no pudo abstraerse. Fue después de 1880, cuando esta situación se polarizó claramente.

No huelga decir que se ha creado todo un constructo historiográfico que acusa de positivista a José Martí. Con el positivismo Martí tuvo una posición crítica de recepción y adaptación. Esto explica, en parte, cómo sus diferencias iniciales con Enrique José Varona (1849-1933) fueron superadas. También nos ilustra cómo sus experiencias en Guatemala y México lo ayudaron a comprender el por qué prendió tan rápidamente esta corriente de pensamiento en estas regiones. Ponderó José Martí a Augusto Comte (1798-1857) como “un héroe del pensamiento” y defendió la ciencia como demostración de

12 “Desde el punto de vista político, la postura de Varona será opuesta a la que sostendrá el movimiento autonomista cubano, cuyo conductor era Rafael Montoro (1852-1933). Este, vencida la revolución encabezada por Carlos Manuel de Céspedes, se empeñará en avanzar, por vía no revolucionaria, la autonomía de España; lo cual no implicará ruptura con la metrópoli; Montoro había encontrado apoyo filosófico en Hegel. El mismo Hegel al que había rechazado José de la Luz y Caballero porque apartaba a los cubanos de su lucha por el logro de la independencia. Montoro teme que los cubanos logren la independencia antes que se hayan capacitados para su uso. La libertad llegará, como llegó al esclavo del que hablaba Hegel en su fenomenología, no antes” (Zea, 1980. p. L).

los hechos contra cualquier dogma o creencia ciega. Empero, su valoración de lo emotivo como componente fundamental del ser humano chocaba contra cierto racionalismo ramplón de algunos seguidores del nuevo científicismo. Asimismo, Martí reprochó del positivismo su racismo subyacente en el cual el negro e indígena llevaban la peor parte. Consciente estaba José Martí de que la mundividencia positivista no era acorde a la nuestra situación atípica.

Pero el positivismo no fue la única expresión avanzada de finales del siglo XIX en Cuba que merece ser resaltada. Durante esos años aparecieron lúcidos e inquisitivos ensayos antiimperialistas de José Martí y surgieron, además, los primeros brotes de un pensamiento socialista. Por su trascendencia y por las implicaciones económicas y políticas que conllevaba, el desenmascaramiento martiano del peligro imperialista es la muestra más radical y revolucionaria de pensamiento de este período. Y tal afirmación es válida no sólo para Cuba, sino para todo el conjunto de países latinoamericanos (Monal, 2007. p. 288-289).

De tal modo que José Martí no abrazará el esquema positivista continental dominante, sino que mirará la realidad latinoamericana y caribeña desde otro visor, en el cual la emancipación, la dignificación y la búsqueda de fórmulas adecuadas a nuestras condiciones culturales e históricas específicas tendrían la última palabra.

En las entrañas del monstruo

¿Quién era ese joven intranquilo que en enero de 1869, en el semanario proindependentista *Patria Libre*, dio a conocer el escrito “Abdala”, poema dramático donde dice: “El amor, madre, a la patria no es el amor ridículo a la tierra, ni a la yerba que pisan nuestras plantas; Es el odio invencible a quien la oprime, es el rencor eterno a quien la ataca...”? (Fernández, 2006. p. 9) ¿Era tal vez un imberbe escritor de un verso cursi o esas palabras representaban el presagio de su futura vida como militante revolucionario? ¿Era el augurio, acaso, de aquel impetuoso habanero que abrazaría desde tierna edad la causa emancipatoria de su Cuba del colonialismo español en su ocaso y de la emergente potencia estadounidense?

José Julián Martí Pérez nació en la calle Paula No. 41 de La Habana, Cuba, el 28 de enero de 1853. José Martí fue hijo de Mariano Martí oriundo de Valencia, España y de Leonor Pérez Cabrera, procedente de Tenerife, en Canarias. Su padre llegó a desempeñarse como sargento del ejército español, con intervalo de desempleo, que hacía la vida familiar de seis hermanos un mundo de privaciones y penumbras materiales. Siendo su padre autoridad en Hanábana, región campesina y cañera de Matanzas, José Martí vio en primera persona las injusticias cometidas contra los negros esclavos. Ya a los 13 años cursaba estudios en el Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana. También las clases de Dibujo Elemental en la Escuela Profesional de Pintura y Escultura de La Habana, los tienen como uno de sus estudiantes. Pero su vocación sería más literaria y antes que nada, política.

En lo político y en lo económico el liberalismo, y en lo artístico el reino del romanticismo, serían dos ejes culturales del ambiente social de un José Martí adolescente. La abolición de la esclavitud, la jornada por la libertad y un horizonte más democrático era la causa común de las elites intelectualizadas, que desde el bastión de la prensa y del aula, presionaban en una Cuba signada por el despotismo español y las calamidades económicas. José Martí, pese a venir de una humilde morada, estaba vinculado con estas minorías socioprofesionales letradas: “La poesía, la escena y el periodismo se adueñaron y aguijonearon la sensibilidad artística de aquel adolescente que aprendió a soñar con Cuba libre” (Rodríguez, 2002. p. 7).

Y en este “despertar al mundo” de José Martí Rafael María de Mendive¹³ fue crucial. Mendive maestro, vate y patriota sincero, regentaba la escuela donde José Martí daba sus primeros pasos, existiendo, desde el principio, una relación edificadora entre ambos. Mendive costearía los estudios del adolescente pobre, fungirá como segundo padre y sería el modelo a seguir como intelectual cabal, que pagó con cárcel su compromiso con la liberación de su país. Es el instante en el cual Cuba atraviesa una crisis económica

13 Rafael María de Mendive y Daumy (1821-1886). Poeta y político cubano. Realizó estudios de Derecho y Filosofía, y obtuvo la licenciatura en 1867. Fundador de algunas revistas de la época, entre ellas la *Revista de La Habana* (1853-1857). En 1856 ingresa a la Sociedad Económica de Amigos del País. Por los acontecimientos del 22 de enero de 1869, Mendive fue encarcelado por ser su hogar centro de reuniones revolucionarias. Condenado a cuatro años de prisión en España, logró pasar rápidamente a Nueva York donde vivió desde 1869 hasta 1878. Mendive regresó a Cuba al firmarse la Paz de Zanjón y dirigió el periódico liberal *Diario de Matanzas* desde diciembre de 1878 hasta marzo de 1879. Administró el colegio San Luis Gonzaga.

seria que ocasiona cuantiosas pérdidas en la producción de azúcar y café, y que obliga a España a arreciar con más impuestos las clases sociales de la isla. Corría el año de 1868 y Carlos Manuel Céspedes, a la cabeza de varios líderes, se levanta en armas contra España. Tanto Mendive como Martí en sus encuentros político-literarios¹⁴ alimentan la pasión libertaria de los independentistas:

En lo adelante, los sucesos van a precipitarse. El colegio de Mendive será clausurado; el maestro, encarcelado primero y deportado después. Por un incidente menor, los “voluntarios” españoles -organizados para combatir a los cubanos- penetran en casa de su amigo fraternal Fermín Valdés Domínguez (1852-1910), y encuentran allí una carta en que se acusaba a un condiscípulo de apostasía por haber ingresado en el cuerpo de voluntarios. La carta está firmada por Martí y Valdés Domínguez. El 21 de octubre de 1869 son encarcelados. En el juicio, el 4 de marzo de 1870, Martí reclama enérgicamente la paternidad de la carta, y el derecho de Cuba a su independencia. Es condenado a seis años de prisión. El 4 de abril se le lleva a realizar trabajos forzados en canteras, y seis meses más tarde, por gestiones del padre con el arrendatario de las canteras, es enviado a la Isla de Pinos, y finalmente se le conmuta la pena por el destierro a España, hacia la cual partirá el 15 de enero de 1871. Va a cumplir dieciocho años, y ya ha estado uno en prisión. Horas antes de tomar el barco, escribe a Mendive: “Mucho he sufrido, pero tengo la convicción de que he sabido sufrir. Y si he tenido fuerzas para tanto y si me siento con fuerzas para ser verdaderamente hombre, sólo a Ud. lo debo, y de Ud. y sólo de Ud. en cuanto de bueno y cariñoso tengo” (Fernández, 2006. p. 10).

Encarcelado escribe *El presidio político en Cuba*, obra donde pinta con palabras todas las vejaciones del dominio hispano en la sociedad cubana. Es en Madrid y Zaragoza donde se gradúa de Licenciado en Derecho Civil y en Filosofía y Letras¹⁵. Sigue el amargo

14 Ya en soneto “¡10 de octubre!” publicado a comienzos de 1869 en el periódico manuscrito *El Siboney* -muy conocido por estudiantes y profesores de Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana-, José Martí exalta nuevamente el camino contra el invasor hispano. Este escrito delata el carácter revolucionario de los primeros años de José Martí: “No es un sueño, es verdad: grito de guerra. Lanza el cubano pueblo, enfurecido; El pueblo que tres siglos ha sufrido. Cuanto de negro la opresión encierra...” Soneto Diez de octubre. Disponible en <http://www.radio-progreso.cu/NJMarti/soneto.htm> (consulta 07-02-2014).

15 “La península, durante el período que abarca desde 1868 hasta 1874, respiró un aire democrático y liberal. Esto significó un importante reordenamiento en las estructuras políticas y académicas de la época. Los hechos

destierro aquejado por la pobreza constante. De España se traslada a París por breve tiempo. Luego pasa por Nueva York y llega a Veracruz el 8 de febrero de 1875, ciudad mexicana en la que se encuentra con su familia. Es en este país norteamericano que establece relaciones con Manuel Mercado (1838-1909) y conoce a Carmen Zayas Bazán (1853-1928), su futura esposa.

Sin abandonar su intención independentista, entre enero y febrero de 1877 estuvo clandestinamente en La Habana como Julián Pérez. De su Cuba natal viaja a Guatemala, país en el que se destaca como catedrático de Literatura y de Historia de la Filosofía en la Escuela Normal Central. Regresa a México ahora para contraer nupcias con Carmen Zayas Bazán el 20 de diciembre de 1877. Retorna a Guatemala a inicios de 1878.

Finiquitada la llamada Guerra de los diez años, en 1878, una vez firmado el Pacto de Zanjón -que lanzaba una amnistía general- decide volver a su patria el 31 de agosto, para vivir en la capital cubana:

Esta nueva estancia en Cuba, entre sus veinticinco y veintiséis años, fue decisiva: aquí le nació su único hijo, que iba a ser el centro de su drama familiar, a la vez que el asunto de un libro que iniciaría la renovación lírica hispanoamericana; aquí se le dibujaron claramente los caminos que su vida podía seguir: el camino apacible de la vida privada, llena de los éxitos sin riesgos del abogado, el profesor, el literato; el camino un tanto más tortuoso, pero siempre seguro y hasta con nobles perspectivas para un alma poco ambiciosa, de la vida pública oficialmente permitida por la metrópoli; el camino, en fin, escarpado y mortal, de la rebeldía, de la conspiración, del sacrificio. Este fue el que escogió sin vacilación, aunque seguramente no sin angustia, porque significaba la ruina de su hogar y la perspectiva de nuevos holocaustos para un país que, desangrado e impotente,

más representativos de este momento fueron la declaración de la I República Española, y con ella, la renovación de las direcciones teóricas y prácticas de los representantes del movimiento krausista imprimieron al Derecho y la educación. La filosofía tradicional y escolástica, que se enseñaba en las academias y que servía de sustento a la monarquía y al coloniaje, fue debilitando su poder de convicción frente al surgimiento de nuevas perspectivas y necesidades de conocimiento. La Universidad de Madrid, donde Martí comenzó sus estudios de Derecho, fue uno de los focos más importante de difusión del krausismo español, cuyo ideario, abierto a muchos matices, tuvo un importante papel de apoyo a las luchas por consolidar jurídicamente el sistema republicano de gobierno. Esta corriente de pensamiento filosófico y político aportaba como eje central de sus reflexiones la necesidad de reelaborar una teoría del Derecho y de la Justicia, que aseguraran un armónico progreso de la humanidad y la defensa y protección de la naturaleza humana, individual y social. Martí se nutrió, filosóficamente y políticamente, de tales planteos" (Giorgis y Arpini, 2011. p. 306-307).

acababa de inmolar a la mejor de su juventud durante diez largos y cruentos años (Vitier, 2006. p. 36).

Sus actividades subversivas no merman. Martí se encuentra inmediatamente entre los fundadores del Club Central Revolucionario Cubano, del cual sería nombrado vicepresidente el 18 de marzo de 1879. Luego, el Comité Revolucionario Cubano activado en Nueva York y presidido por el Mayor General Calixto García lo designa subdelegado en la isla. Martí conoce a Juan Gualberto Gómez (1852-1933) y ya está involucrado en el levantamiento próximo a Santiago de Cuba, el 24 y el 26 de agosto de 1879, respectivamente. A las tres semanas Martí era detenido y deportado nuevamente a España, el 25 de septiembre de 1879, por su participación en la Guerra Chiquita. Al arribar a Nueva York, vive en casa de Manuel Mantilla (1843-1885) y su esposa, Carmen Miyares (1848-1925). No cesa en sus militancias: a los pocos días era electo vocal del Comité Revolucionario Cubano, del cual asumió la presidencia al sustituir a Calixto García, ocupado de lleno en el fracasado intento de la Guerra Chiquita.

Los años 80 serán consagradorios para un José Martí que ya tenía como escritor estatura internacional. Su rúbrica en artículos y crónicas que enviaba desde Nueva York a *La Opinión Nacional*, de Caracas, *La Nación* de Buenos Aires, y *El Partido Liberal*, de México, lo certifican así¹⁶. Toma la decisión de vivir en Venezuela, país al que llegará el 20 de enero de 1881¹⁷. Funda la *Revista Venezolana*, esfuerzo editorial importante de la que alcanzó a sólo dos números. A mediados de 1882 retoma su propósito independentista teniendo un acercamiento con los revolucionarios Máximo Gómez y Antonio Maceo. Ya para el 2 de octubre de 1884, un plan revolucionario estaba confesionado y estaría liderado por los generales Máximo Gómez y Antonio Maceo, plan del cual inmediatamente se distancia

16 “Esa literatura martiana, que llenó las páginas de los principales periódicos de América Latina, lo convirtieron en la primera figura cubana que alcanzó amplia resonancia continental, como lo indican, entre otros, el juicio de Sarmiento (cuya tesis de civilización contra barbarie refutó para siempre) y los testimonios de Darío (a quien llamo ‘hijo’, porque lo era)” (Vitier, 1982. p. 31)

17 Para ahondar en este aspecto es recomendable revisar Morales, S (1985). *Martí en Venezuela, Bolívar en Martí*. Caracas: Ediciones Centauro, de igual manera Morales, S (2005) “Del muerto tronco el vivo espíritu lleva: Recepción de la experiencia histórica de venezolana en el discurso revolucionario de José Martí” en *Tierra Firme* 89. Revista de historia y ciencias sociales. Caracas: Servi-K, C. A. Véase además García, F (2006). “Venezuela en Martí” en *La Nueva Revista Venezolana*. Año 1. Nº 2. Caracas: Casa Nuestra América José Martí; y Alcibíades, M (2010). *Venezuela en José Martí*. Caracas: Fondo Editorial IPASME. Colección Bicentenario. La autora insiste en que el arribo a Caracas del prócer cubano fue el 21 de enero y no el 20 como comúnmente se afirma.

exponiendo no congeniar con los estilos “personalistas y despóticos” empleados por los caudillos mayores.

No obstante, fue el quinquenio de 1887-1892 muy fructífero políticamente para José Martí: funda una Comisión Ejecutiva de las actividades revolucionarias, redacta las Bases y los Estatutos del Partido Revolucionario Cubano, es Delegado de esa organización, echa los pilares del periódico *Patria*, órgano oficial del Partido, recorre diferentes clubes de emigraciones (Tampa, Cayo Hueso, Centroamérica, Las Antillas), se reconcilia con Máximo Gómez y Antonio Maceo, y se desempeña los cinco años consecutivos como cónsul de Uruguay en Nueva York¹⁸.

Al mismo tiempo, los viajes a los que se vio obligado Martí (una vez por destierro; otras, para ganarse la vida sin doblegarse; otras, en fin para preparar la revolución) le permiten tener un conocimiento de primera mano de las realidades inmediatas entre las cuales se mueve el país. En España se incorpora cuanto de vivo le ofrece su tradición cultural, pero verifica la imposibilidad de que Cuba permanezca unida a ella: es *otro* país. En las varias repúblicas latinoamericanas donde vive, se abre a la comprensión de una unidad mayor, que él llamará “Nuestra América”, dentro de la cual aparece articulada Cuba. En los Estados Unidos, el país extranjero donde permanece más tiempo, se familiariza con lo que llamará “la América europea”, y sin dejar de reconocer al principio sus virtudes, pronto ve espantado cómo reaparecen allí los vicios que creía haber dejado atrás, en Europa (y que no eran sino las lacras del capitalismo desarrollado), y ratifica la diferencia de estructura y espíritu entre los dos Américas. Además, y esto es caso lo más importante, Martí vive en los Estados Unidos en el momento en que la nación pasa, de su capitalismo premonopolista, al capitalismo monopolista e imperialista que llevará, inexorablemente, a arrojarse sobre el mundo; en primer lugar sobre América Latina, y en particular sobre Cuba. El hecho de que en su patria permanezca

18 Profundas meditaciones sobre la avanzada estadounidense se palpan claramente en sus escritos de finales de los años 80 y comienzos de los 90 del siglo XIX. En 1889, cerrando el año, publica una serie de crónicas acerca de la Conferencia Internacional Americana que se celebra en Washington. En diciembre de 1890 fue nombrado presidente de la Sociedad Literaria Hispanoamericana de Nueva York. Y el 10 de enero de 1891 aparece en La Revista Ilustrada de Nueva York, su artículo *Nuestra América*. En marzo de ese mismo año participa en el Congreso Monetario de Washington como representante de Uruguay.

como colonia ostensible, agudiza dramáticamente su sensibilidad y su comprensión de estos problemas, haciéndole el primer antiimperialista cabal del continente (Fernández, 2006. p. 12-13).

Los años venideros fueron de *errancias* en diferentes países, inclusive, en ciudades estadounidenses. Su rol ahora es convocar varias generaciones de revolucionarios cubanos (jefes de la Guerra del 68 y la camada de jóvenes), y sumar recursos para otra fase de la lucha. A mitad de 1894 afina el *Plan Fernandina*, con el cual busca una guerra corta, efectiva, sin pérdidas de voluntad para los independentistas cubanos. Ya el 8 de diciembre de 1894 se encuentra entre los firmantes de un plan de alzamiento en la isla. El *Plan Fernandina* fue develado y fueron decomisadas las naves con que se iba materializar las acciones revolucionarias. Esto no enfrió las ansias independentistas de José Martí, quien el 29 de enero de 1895, conjuntamente con “Mayía” Rodríguez (1849-1903) y Enrique Collazo (1848-1921), firma el ejecútase de insurrección bajo la dirección de Juan Gualberto Gómez. Martí se traslada ahora de Nueva York a Montecristi, en República Dominicana, para concretar el plan de la nueva guerra. En el *Manifiesto de Montecristi* expone Martí diáfano los motivos del combate del pueblo cubano y enfatiza del mismo modo, que la guerra de liberación no era contra el pueblo español, sino contra el ignominioso régimen colonial imperante en Cuba de hacía trescientos años. Con Máximo Gómez llegó a Cuba el 11 de abril de 1895, por Playitas de Cajobabo, Baracoa, al noroeste de la antigua provincia de Oriente. Tres días después del arribo a costas cubanas, Máximo Gómez y José Martí se comunican con las fuerzas del Comandante Félix Ruenes. Para el 28 de abril, en el campamento de Vuelta Corta, en Guantánamo, de la mano con Máximo Gómez suscribe la circular “Política de guerra”. A la semana se lleva a cabo la reunión de La Mejorana donde finiquitaba las líneas maestras de la contienda. El 14 de mayo de 1895 Martí estamparía su nombre al pie -otra vez con Máximo Gómez- del documento titulado “Circular a los jefes y oficiales del Ejército Libertador”, tenido éste como el último escrito estratégico en la guerra de liberación.

Las menguadas tropas de Máximo Gómez y José Martí se adentran en la Sierra Maestra. La salud de Martí es frágil, eran viejos resquemores de las torturas juveniles. Es cerca de Dos Ríos, en una carpa improvisada y a la luz tenue que le escribe a su amigo de México, Manuel Mercado, exponiendo un testimonio premonitorio. Menciona el peligro que

siempre ha corrido por dar la vida por su país: “y por mi deber de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extienda por las Antillas los Estados Unidos y caigan sobre nuestras tierras de América”. Para categorizar luego: “Viví en el monstruo y le conozco las entrañas: y mi honda es la de David...” (Fernández, 2006. p. 370).

Noble (2007) le da un toque más dramático a la hora postrera del prócer cubano:

La carta (a Manuel Mercado) queda suspendida por la presencia cercana de las tropas españolas y, paralelamente, por la llegada de refuerzos rebeldes, al mando de Bartolomé Masó. Este, otro civil militarizado -y, en rigor, cubanizado, ya que era nacido en Cataluña- se ocupa de la protección de Martí y lo traslada a un campamento en Vuelta Grande. Al regresar Gómez con su gente y sumarse a las fuerzas de Masó, unos cuatrocientos patriotas en armas se reúnen y los jefes los arengan: primero Gómez, luego Masó. Finalmente Martí, mortalmente pálido, dirige su discurso que despierta enseguida los vivas a Cuba libre y a su Presidente. El momento de fervor concluye muy rápido: los españoles los rodean. Un mensajero de Gómez ha sido capturado y el enemigo conoce el emplazamiento y la envergadura del poder rebelde. Gómez ordena que Martí se mantenga a la retaguardia, custodiado. Pero sus ganas de entrar en pelea son más fuertes que su cuerpo debilitado y que su inexistente experiencia militar. Una descarga cerrada hace blanco en el Maestro (p. 115).

En su vida se resume la combinación del periodista, el educador, el poeta, además del político con una volcánica condición ética, un realista político entregado a la liberación de su país. La inesperada muerte de José Martí,¹⁹ el 19 de mayo de 1895 incidió

19 “Su cadáver, en el poder de las fuerzas españolas, fue conducido sobre el caballo del delator de las tropas cubanas, el campesino español Carlos Chacón. A las dos leguas, bajo un gran aguacero, habiéndose aflojado las cuerdas que lo ataban, lo depositaron en la tierra. Fue enterrado, sin ataúd, en la fosa común de Remanganaguas, en la mañana del día 20. Con el propósito de divulgar su muerte, su cadáver fue exhumado y se le hizo la autopsia el 23, embalsamándolo para trasladarlo a Santiago de Cuba. Fue conducido en perihuelas de Remanganaguas a Palma sin que las fuerzas cubanas, a pesar de intentarlo varias veces, pudieran rescatar el cadáver. Fue expuesto en el parque de Palma el día 24. En San Luis, el 25, fue depositado en un vagón de carga. Llegó a Santiago de Cuba el 26 a las seis de la mañana. A las ocho de la noche quedó expuesto en el Cementerio de Santa Ifigenia. El 27 por la mañana, el coronel Ximénez de Sandoval, reunido con otros oficiales españoles, preguntó ante el cadáver: ‘¿No hay aquí ningún pariente, allegado o amigo del finado?’ Nadie contestó. En seguida el coronel Sandoval despidió el duelo con breves palabras, invocando la hidalguía de los militares españoles frente al enemigo muerto en batalla. Finalmente el cadáver fue depositado en el nicho 134 de la galería ser del Cementerio de Santa Ifigenia” (Vitier, 2006. p. 79).

indudablemente en el traspié de la revolución. Sin embargo, Cuba alcanzará tres años después la Independencia de España. Otra historia se escribiría sobre la sujeción de la isla ahora a los Estados Unidos durante la primera mitad del siglo XX.

La predicción casándrica

La Nación fue reacio a las ofensivas de Washington. Como diario fundado por Bartolomé Mitre (1821-1906)²⁰, se tenía como uno de los órganos más importantes de la política y la sociedad bonaerense, en un momento en el cual la nación sureña poseía estrechos vínculos económicos con Inglaterra²¹. En este sentido, el objetivo central de la delegación argentina en la Conferencia de Washington, alineada a estos imperativos de la administración doméstica, fue el de resguardar sus intereses comerciales con Europa, cerrar fila contra cualquier tentativa estadounidense que obstruyera el libre proceder de los países latinoamericanos y asimismo torpedear el propósito de dominio en la zona y hacia el sur de la propia frontera, del país norteño.

La prédica antagónica al panamericanismo y las inclinaciones probritánicas argentinas, explican el por qué José Martí pudo lanzar dardos sin cortapisas a dicho cónclave en las páginas de La Nación. Aprovechando el prestigio internacional del escritor, su desenvolvimiento como cónsul de Uruguay en Nueva York desde 1887, su designación como representante en los Estados Unidos y Canadá de la Asociación de la Prensa de Buenos Aires en 1888, José Martí terminaría siendo el crítico oficial de la Conferencia mencionada. No obstante, fue ante la iniciativa de la Conferencia Internacional Americana de 1889 cuando, sin desconocer sus profundas reflexiones de los años setenta del siglo XIX, José Martí se erigió como la expresión más clara y firme de una voz que se pronunció con-

20 Bartolomé Mitre (1821-1906). Polémico estadista argentino. Vivió además de su país natal en Uruguay, Bolivia, Perú y Chile. Antirrosista confeso. Fue Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores del gobierno de Adolfo Alsina, Gobernador de Buenos Aires, y Presidente para el período 1862-1868. Concretó con Brasil y Uruguay el Tratado de la Triple Alianza y abandonó el ejercicio presidencial para ocupar la jefatura del triple ejército en la guerra contra Paraguay. Resaltó siempre como ardiente orador e infatigable periodista. No obstante, fue un afromado historiador; destacándose entre sus trabajos los títulos *Historia de Belgrano y de la independencia argentina* e *Historia de San Martín y de la emancipación americana*.

21 “En 1888, año en el que se convoca la conferencia, aproximadamente una tercera parte del monto total del comercio argentino correspondía a Inglaterra; Francia tenía más de un quinto; Alemania algo más de un décimo, y los Estados Unidos solamente la doceava parte. Ello explica las instrucciones que el presidente de la Argentina entregó a los delegados de aquel país, Manuel Quintana y Roque Sánchez Peña...” (Fernández, 2006. p. 17).

tra el expansionismo septentrional de su hora²². El prócer cubano columbró cum grano salís esta subrepticia política atentatoria a la soberanía de los países latinoamericanos en general y contra los cubanos en específico.

Martí fue muy mordaz con el protocolo y la sinuosidad de la diplomacia estadounidense de finales de los ochenta y comienzo de los noventa del decimonono. Describió la inauguración del Congreso de Washington -la recepción de los participantes, así como el banquete respectivo de los delegados argentinos y uruguayos- del día 28 de septiembre de 1889 como un evento con limitaciones serias: “Congreso que llaman aquí de Panamá, aunque ya no será de toda, porque Haití, como que el gobierno de Washington exige que le den en dominio la península estratégica de San Nicolás, no muestra deseos de enviar sus negros elocuentes a la conferencia de naciones”, atinaba introductoriamente, para luego reiterar que “ni Santo Domingo ha aceptado el convite, porque dice que no puede venir a sentarse a la mesa de los que le piden a mano armada su bahía de Samaná, y en castigo de su resistencia le imponen derechos subidos a la caoba” (Martí, 1978. p. 11). Apuntaba Martí la ausencia de Paraguay, resaltaba el movimiento en los hoteles, las visitas, “el vapor que entra y el tren que se va”, pasaba revista al programa general del Congreso que comprendía, entre otras diversiones, conocer la Casa Blanca, al Presidente y al país en una gira de más de un mes. Itinerario cuyo propósito era deslumbrar a los huéspedes de “la grandeza y esplendidez de las ciudades”: “y aquella parte de las industrias que se puede enseñar, a fin de que se les arraigue la convicción de que es de la conveniencia de sus pueblos comprar lo de éste y no de otros, aunque lo de éste sea más caro, sin ser en todo mejor, y aunque para comprar de él hayan de obligarse a no recibir ayuda ni aceptar tratos de ningún otro pueblo del mundo” (Martí, 1978. p. 11).

Empresarios, militares, cónsules y delegados de “la otra América” formaban la comitiva²³. Especial señalamiento hacía el escritor cubano sobre los delegados colombia-

22 Nos estamos refiriendo a la casi docena de trabajos -desde el 28 de septiembre de 1889 hasta el 31 de agosto de 1890- enviados en forma de cartas al “Señor Director de *La Nación*” en la que gráfica, con carácter a veces de crónica y a veces de análisis, las distintas etapas de la Conferencia, y que serán las fuentes básicas para esta parte del nuestro trabajo.

23 Presidente de la Conferencia: James G. Blaine, Secretario de Estado de los Estados Unidos de América, Vicepresidentes: Félix C. C. Zagarra, Perú, Primer Vicepresidente; Matías Romero, México, Segundo Vicepresidente. Secretarios: H. Remsen Whitehouse; Fidel G. Pierra; José Ignacio Rodríguez. Delegados: Argentina: Roque Sáenz Peña y Manuel Quintana; Bolivia: Juan F. Velarde; Brasil: Lafayette Rodrigues Pereira y J. G. do Amaral Valente Salvador

nos, cuyo presidente Rafael Núñez (1825-1894) había sido objeto de duros comentarios por los ahora anfitriones estadounidenses, disimuladas desavenencias por los delicados “derechos sobre el canal de Panamá”. La promesa de paseo en tren por numerosas ciudades estadounidenses (como Boston, Chicago, San Luis, Filadelfia y Pittsburg) donde preparaban fiestas y bienvenidas, era parte del plan. En el retorno a Nueva York, nos dice, serían las discusiones sobre las ocho proposiciones, todo esto en plena navidad. Y se detenía Martí en cada uno de los personajes presentes y sus intereses subterráneos.

En su artículo del 4 de octubre de 1889, Martí recreaba la excursión en el “tren palacio”, la actitud de los delegados argentinos, el comportamiento del presidente James Blaine (1830-1893), y los pormenores de la elección. Del 5 de octubre al 11 de noviembre -continuaba- habrían gozado del ferrocarril, las ferias, las atracciones, los festejos costosos en Filadelfia con los gastos cubiertos. Había un ambiente de intriga, anotaba.

En su crónica del Congreso del día 2 de noviembre de 1889, Martí puntualizaba los aspectos históricos y las tendencias hegemónicas dentro de la reunión. Aquí dejaba caer un juicio contundente que muestra su temple antiimperialista:

Jamás hubo en América, de la independencia a acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso, que el convite que los Estados Unidos potentes, repletos de productos invendibles, y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones americanas de menos poder, ligadas por el comercio libre y útil con los pueblos europeos, para ajustar una liga contra Europa, y cerrar tratos con el resto del mundo. De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia (Martí, 1978. p. 20-21).

de Mendonga; Colombia: José M. Hurtado, Carlos Martínez Silva y Clímaco Calderón; Costa Rica: Manuel Aragón; Chile: Emilio C. Varas y José Alfonso; Ecuador: José María Plácido Caamaño; El Salvador: Jacinto Castellanos; Estados Unidos de América: John B. Henderson Comelius N, Bliss Ciernen Studebaker T, Jefferson Coolidge, William Henry Trescot, Andrew Carnegie Morris M, Estee John F, Han son Henry G y Davis Charles R. Flint; Guatemala: Fernando Cruz, Haití: Arthur Laforestrie y Hannibal Price; Honduras: Jerónimo Zelaya; México: Matías Romero y Enrique A. Mexía, Nicaragua: Horacio Guzmán; Paraguay: José S. Decoud; Perú: Félix C. C. Zegarra; Uruguay: Alberto Nin; Venezuela : Nicanor Bolet Peraza, José Andrade y Francisco Antonio Silva.

Destacaba los peligros que entrañaba la diplomacia hegemónica nortea, explicaba que era con antelación como se podía evitar las calamidades. También afirmaba que lo esencial en la política era “aclarar y prever” y que, únicamente, con una respuesta sólida y unánime con prontitud es como se lograría:

... libertar de una vez a los pueblos españoles de América de la inquietud y perturbación, fatales en su hora de desarrollo, en que les tendría sin cesar, con la complicidad posible de las Repúblicas venales o débiles, la política secular y confesa de predominio de un vecino pujante y ambicioso, que no los ha querido fomentar jamás, ni se ha dirigido a ellos sino para impedir su extensión, como en Panamá, o apoderarse de su territorio, como en México, Nicaragua, Santo Domingo, Haití y Cuba, o para cortar por la intimidación sus tratos con el resto del universo, como en Colombia, o para obligarlos, como ahora, a comprar lo que no puede vender, y confederarse para su provecho y bajo su dominio (Martí, 1978. p. 21).

Refiere Martí que Estados Unidos no es una nación de fiar, que, como hija de la mezcla “del holandés mercader, del alemán egoísta, y del inglés dominador” su tendencia es al control. Pese a ser la experiencia nortea el modelo a seguir después de su rompimiento con Inglaterra, señalaba, los estadounidenses fueron indolentes ante la misma vocación antimonárquica de las naciones del sur. El afán anexionista hacia sus países vecinos -incluyendo las Antillas mayores- redundaba en esta tesis. Era la traición del espíritu republicano de Abraham Lincoln (1809-1865), de su lucha abolicionista y libertaria, era la negación de una nación que enarboló la bandera de la libertad, y que sucumbió, regodeándose en su creencia profética, ante el “botín de toda la tierra, desde el Bravo hasta el Istmo”, exponía.

Por su hambre de posesión, “su ambición de pueblo universal”, sus incontenibles deseos de su “poder futuro”, su implementación de “mercado obligatorio y único de la producción”, exhortaba a poner un muro de contención a los Estados Unidos: “con el pudor de las ideas, el aumento rápido y hábil de los intereses opuestos, el ajuste franco y pronto de cuantos tengan la misma razón de temer, y la declaración de la verdad. La simpatía por los pueblos libres dura hasta que hacen traición a la libertad, o ponen en riesgo la de nuestra patria” (Martí, 1978. p. 22).

A estar atentos ya no caer en el ardid de que el acercamiento de Estados Unidos a los países latinoamericanos era un hecho sólo de tratados y acuerdos comerciales, enfatizaba. No está malo el desarrollo de vapores, aduanas, la uniformidad de pesas y medidas, y leyes sobre marcas y privilegios y sobre extradición de criminales. Ni enteramente negativo -proseguía Martí- el planteamiento de la “moneda común” siempre que redunde en “el comercio sano y apetecible”. Pero sobre el arbitraje, advertía Martí, que los proponentes debían dar primero el ejemplo:

Excelente cosa sería el arbitraje, si en estos mismos meses hubiesen dado pruebas de quererlo realmente los Estados Unidos en su vecindad, proponiéndolo a los dos bandos de Haití, en vez de proveer de armas al bando que le ha ofrecido cederle la península de San Nicolás, para echar del país al gobierno legítimo, que no se la quiso ceder. El arbitraje sería cosa excelente, si no hubieran de estar sometidas las cuestiones principales de América, que han de ser dentro de poco, si a tiempo no se ordenan, las de las relaciones con el pueblo de Estados Unidos, de intereses distintos en el universo, y contrarios en el continente, a los de los pueblos americanos, a un tribunal en que, por aquellas maravillas que dieron en México el triunfo a Cortés, y en Guatemala a Alvarado, no fuera de temer, y aun de asegurar que, con el poder de la bolsa, o el del deslumbramiento, tuviera el león más votos que los que pudieran oponer al coro de ovejas, el potro valeroso o el gamo infeliz. Cosa excelente sería el arbitraje, si fuera de esperar que en la plenitud de su pujanza sometiera a él sus apetitos la República que, aún adolescente, mandaba a los hermanos generosos que dejasen al hermano sin libertar, y que le respetasen su presa (Martí, 1978. p. 27).

En tal sentido que, fue el Congreso un escenario del debate de fuerzas contrarias: una partidaria de cierta autonomía de las naciones latinoamericanas y la otra, de disimulada estirpe tutelar, imbuida en la habilidad diplomática -en concreciones de acuerdos y decisiones- favorable a la avanzada de Washington.

En su artículo del 31 de marzo de 1890, Martí -aprovechando el discurso de Roque Sáenz Peña (1851-1914) sobre el Zollverein y su sentencia de “América para la humanidad”²⁴

24 El distanciamiento argentino-estadounidense encontró en la propuesta del secretario James Blaine (1830-1893) de la edificación de una unión aduanera panamericana, finalmente rechazada, su momento más álgido. Los

que contrarresta el apotegma monroista²⁵- señalaba que “la identidad tácita” da sustento a nuestros pueblos, y llamaba la atención sobre la unión como herramienta fundamental contra los apetitos expansionistas en ciernes:

Los pueblos castellanos de América han de volverse a juntar pronto, donde se vea, o donde no se vea. El corazón se lo pide. Sofocan los más grandes rencores, y se nota que se violentan para acordarse de ellos, y obrar conforme a ellos, en la tierra extraña. La conferencia de naciones pudo ser, a valer los pueblos de América menos de lo que valen, la sumisión humillante y definitiva de una familia de repúblicas libres, más o menos desenvueltas, a un poder temible e indiferente, de apetitos gigantescos y objetos distintos. Pero ha sido, ya por el clamor del corazón, ya por el aviso del juicio, ya por alguna levadura de afuera, la antesala de una gran concordia (Martí, 1978. p. 44).

Martí -apoyándose en diarios estadounidenses- develaba las intenciones de James Blaine (1830-1893) y Andrew Carnegie (1835-1919) con respeto al tema del arbitraje. De esta contienda Washington no salía en buen estado. La resolución de los delegados latinoamericanos no satisfizo las expectativas de los anfitriones, Martí, en este sentido, reproducía en *La Nación* los argumentos de los argentinos, mexicanos y chilenos. De aquí que escribiera con un beneplácito casi inocultable el 3 de mayo de 1890:

Ya se van, aleccionados y silenciosos, los delegados que vinieron de los pueblos de América a tratar, por el convite de Washington, sobre las cosas americanas. Ya vuelven a Centro América la de los cinco países, más centroamericanos de lo que vinieron, porque al venir

delegados optaron por la posibilidad de la firma de tratados de reciprocidad comercial bilaterales o multilaterales. Sobre la alternativa de un *Zollverein* americano, Roque Sáenz Peña afirmó que “las repúblicas hispanoamericanas viven de sus productos y de sus materias y necesitan de todos los mercados del mundo para el desarrollo y progreso comercial de sus respectivos pueblos”, agregando que “América se inclina a mantener y desarrollar las relaciones con todos los estados y la doctrina debe ser: América para la Humanidad”.

25 La Doctrina Monroe resumida en la expresión “América para los americanos”, cuya autoría se le adjudica John Quincy Adams y es atribuida a James Monroe en el año 1823, era una clara advertencia de que los Estados Unidos no toleraría ninguna injerencia de las potencias europeas en América. Como argumento de ser una especie de muro de contención de los procesos de independencia de los países sudamericanos, fue ventilada ante la opinión pública del momento. Artimaña que no pudo impedir la ocupación española de la República Dominicana (1861-1865), de Inglaterra en la costa de la Mosquitia, en Nicaragua, y la ocupación de las Islas Malvinas por parte de Gran Bretaña en 1833, como certifica la historia. La doctrina fue expuesta por el presidente James Monroe durante su séptimo discurso al Congreso sobre el Estado de la Unión.

se veían de soslayo unos a otros, y ahora se van juntos como si comprendieran que de este modo de andar le va mejor (Martí, 1978. p. 60).

No escondía José Martí sus temores de la política intervencionista estadounidense, conocía sobradamente las complejidades de un Estado que propalaba el libremercado de sus fronteras para afuera y a lo interno era bastante conservador y proteccionista. Así el gran objetivo de fungir como árbitros de los conflictos del continente entre los países latinoamericanos, e inclusive las potencias europeas, momentáneamente era derrotado. Sin embargo, esta experiencia fallida sería el punto de arranque de las conferencias panamericanas, instrumento predominante de la política internacional de Estados Unidos, abocada a minimizar la influencia inglesa en las repúblicas latinoamericanas aparejado con un predominio económico y político en este continente. No era más que la implementación de la añeja Doctrina Monroe en un momento en cual Estados Unidos e Inglaterra marcaban fuertes desavenencias a propósito de los problemas fronterizos entre Guayana Británica y Venezuela en 1895. Richard Olney (1835-1917), secretario de Estado, acusaba a los británicos de querer echar mano a los ricos yacimientos auríferos en el distrito de Yuruari y sostenía que sus demandas eran excesivas. El mismo presidente Grover Cleveland (1837-1908) se ofrecía como árbitro del diferendo²⁶. La necesidad de controlar más rutas comerciales y proteger las concesiones mineras de ciudadanos estadounidenses eran factores importantes en la disputa. La respuesta de Lord Salisbury (1830-1903), primer ministro británico, fue contra “la validez universal” de la Doctrina Monroe. Pero este panamericanismo liderado desde los Estados Unidos tenía a lo interno sus propios obstáculos, que eran las obvias diferencias étnicas, sociales, económicas y hasta religiosas poco salvables para el empeño hegemónico del Norte, hecho que si bien hacía más difícil la tarea, no mellaba el imperativo de obtener a toda costa mercados, así fuera poniendo en práctica tratados y acuerdos a primera vista dispersos e inofensivos.

26 Tomemos en cuenta la avanzada europea del momento. En 1894 tropas inglesas entraban a Nicaragua exigiendo extensas franjas territoriales. Este injerencismo motivó a que en círculos militares y políticos los norteamericanos se hablase de los designios ingleses de convertir el Caribe en un “Lago Británico”. Por otro lado, Francia, venía por materias primas y colonias. En Panamá, se adelantaban las labores para la edificación paso ístmico, bajo el dominio de la Compañía Francesa de Lesseps. En 1895, año en que cae en combate José Martí, Francia ocupaba tierra brasileña hecho que generó un conflicto armado. En este mismo periodo, Francia, también intervenía en Santo Domingo. Alemania, de igual manera realizaba intentos por establecer zonas de influencias en el Caribe y Centroamérica.

No obviaba Martí lo benigno de las relaciones comerciales con Washington, pero lo veía con mucha ojeriza. La intención de los norteamericanos de controlar los aproches al canal interoceánico, o sea, en primera instancia Cuba, considerada clave estratégica del Caribe, y las demás islas cercanas, particularmente Puerto Rico, Santo Domingo, Haití y en menor medida Jamaica era un hecho concreto, no una elucubración. De allí la premonición martiana de clara inspiración bolivariana: unidad entre los pueblos latinoamericanos como garantía de Independencia, de toda la región y sobre todo de su Cuba, pequeña isla que nada podría hacer en un “patio trasero” donde Estados Unidos tuviera el dominio total.

Fuentes

- ARDAO, Arturo (1980). *Génesis de la idea y el nombre de América Latina*. Caracas: Fundación CELARG.
- BOSCH, J (2012). *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial*. 2 Tomos. Caracas: Editorial El perro y la rana. Colección historias.
- BRITTO, L (2006). *América Nuestra que estás en la tierra: Integración y Revolución*. Caracas: Instituto Autónomo Biblioteca Nacional. Casa de Nuestra América José Martí.
- CANTON, J (2006). *José Martí y los trabajadores*. Caracas: Centro de Estudios Martianos/ FIDES.
- CHANG, J (2013). “El pensamiento de José Martí: respuesta a una época” en *Revista Caribeña de Ciencias Sociales*, marzo 2013, en <http://caribeña.eumed.net/pensamiento-jose-marti/>
- FERNÁNDEZ RETAMAR, R (2006). Prólogo de *Política de Nuestra América*. Selección Cuba: Fondo Editorial del ALBA.
- GIORGIS, L y ARPINI, A (2011). “El pensamiento filosófico político de la independencia tardía: Eugenio María de Hostos y José Martí” en *El pensamiento social y político iberoamericano del siglo XIX. Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía* (Varios Autores. Andrés Roig Coord.) Trotta: España.

- GIORGIS, L (2006). *José Martí. El humanismo como filosofía de la dignidad*. Argentina: Ediciones del ICALA.
- GIORGIS, L (2011). "José Martí: recuperación y vigencia de Nuestra América". En *Diversidad e Integración en Nuestra América*. Vol. I. *Independencia, Estados nacionales e integración continental (1804-1880)*. (Arpini, A y C. Jalif, Comp.) Argentina: Editorial Biblos. Historias Americanas.
- GUADARRAMA, Pablo (1983). "Algunas particularidades del positivismo en Cuba" En Revista *ISLA* 76. La Habana: sept-dic 1983.
- GUADARRAMA, Pablo (2003). *José Martí y el humanismo en América Latina*. Colombia: Convenio Andrés Bello/Colección confluencias
- GUADARRAMA, Pablo (2008). *Pensamiento Filosófico Latinoamericano: humanismo vs alienación*. 3 Tomos. Caracas: Edit. El perro y la rana. Colección heterodoxia. Serie crítica emergente.
- GUERRA, S (2010). *Breve Historia de América Latina*. La Habana: Alba Bicentenario, ensayo.
- GUILLÉN, N (1985). *Obra poética*. 2 Tomos. La Habana: Editorial Letras Cubanas
- HALPERIN DONGHI, Tulio (1972). *Historia contemporánea de América Latina*. España: Alianza Editorial.
- LEMOGODEUC, Jean-Marie (2002). *América Hispánica. En el siglo XX. Identidades, culturas y sociedades*. Caracas: UCAB/BIV/Festival Cultural Francia-Venezuela.
- MARTÍ, J (2010). *Nuestra América* (Prólogo y notas Cintio Vitier). Caracas: Biblioteca Nacional /Casa de Nuestra América José Martí/ Centro de Estudios Martianos.
- MARTÍ, J (1974). *Nuestra América* (Prólogo Juan Marinello, selección Hugo Achugar y cronología Cintio Vitier). Caracas: Biblioteca Ayacucho 15.
- MARTÍ, J (2006). *Política de Nuestra América*. (Selección de Roberto Fernández Retamar). Cuba: Fondo Editorial del ALBA.
- MARTÍ, J (1978). *La Gran Enciclopedia Martiana. Nuestra América*. Tomo 9. (Editor Ramón Cernuda). España. Edit. Martiana, Inc.
- MEDINA, M (1968). *Estados Unidos y América Latina, siglo XIX*. La Habana: Ed. Pueblo y Educación.
- MONAL, I (2007). *Ensayos Americanos*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- MORALES, S. (1996). "Utopía y praxis revolucionaria: las alternativas de José Martí para América Latina", en *CUYO, Anuario de Filosofía Argentina y Americana*. Argentina:

CUYO.

- NOBLE, C (2007). *José Martí. La primera revolución cubana*. Argentina: Colección Fundadores de la Izquierda Latinoamericana.
- PUPPO, R (s/f). "Martí y su ensayo Nuestra América: Política y cultura". (http://josemarti.info/articulos/marti_nuestramerica...)(Consulta. 10-03-2013)
- QUIJANO, Aníbal (1991). "Modernidad, identidad y utopía en América Latina". *Modernidad y Universalismo*. Edgardo Lander (Editor). Caracas: UCV/Unesco. Editorial Nueva Sociedad.
- RAMOS, Jorge Abelardo (2012). *Historia de la nación latinoamericana*. Argentina: Peña Lillo/Ediciones Continente. 3ª edición.
- RODRÍGUEZ C, Alberto (2011). Presentación de *José Martí, Nuestra América*. Caracas: Fondo Editorial Fundarte/Alcaldía de Caracas.
- RODRÍGUEZ M, A (1964). *Raíces de la República de Cuba*. Florida: Editorial Omega.
- RODRÍGUEZ, Pedro (2002). *De las dos Américas*. Caracas: Casa de Nuestra América José Martí.
- RODRÍGUEZ, M (2009). "Doctrina Monroe, coyuntura y conflicto anglovenezolano. La perspectiva del periódico mexicano El Nacional, 1895". En *Montalban* N° 43. Caracas: UCAB, 2009.
- ROMERO, José (1986). Prólogo "El pensamiento conservador latinoamericano en el siglo XIX". En *Pensamiento Conservador (1815-1898)*. Caracas: Biblioteca Ayacucho 31.
- SALADINO, Alberto (2005). "El latinoamericanismo de José Martí" en *Latinoamérica* 41. México: Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos. UNAM.
- VITIER, C (1982). "Cuba y su identidad latinoamericana". En *Revista Actualidades* N° 6. Caracas: CELARG
- VITIER, C (2006). *Vida y obra del apóstol José Martí*. La Habana: Centro de Estudios Martianos/ Fondo Cultural del Alba.
- VITIER, C (2010). "Prólogo y notas" en *Nuestra América de José Martí*. Caracas: Biblioteca Nacional /Casa de Nuestra América José Martí/ Centro de Estudios Martianos.

ZEA, Leopoldo (1978). *América Latina: largo viaje hacia sí misma*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

ZEA, Leopoldo (1980). *Pensamiento Positivista Latinoamericano 2 V*. Caracas: Biblioteca Ayacucho